

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

¿Muerte, asesinato o suicidio?

Cada cierto tiempo se anuncia la muerte del teatro. La aparición del cine parlante pareció que sería el golpe de gracia que recibiría el arte escénico, pero, si bien acusó el golpe, supo reacondicionarse y siguió subsistiendo. La aparición del monstruo de la TV dio pie a los agoreros para pronosticar no sólo la muerte del teatro, sino del cine también; pero una vez más, cine y teatro sobrevivieron y, más aún, mejoraron su calidad artística.

Sin embargo, hoy parece más inminente no la muerte del teatro, sino de la literatura dramática. El texto ha ido perdiendo la preeminencia que siempre tuvo, la palabra ha cedido su lugar al gesto, el dramaturgo es suplantado por el director de escena. Y si los síntomas tienen carácter universal, entre nosotros la crisis se agudiza.

Podría pensarse que hay razones objetivas para que esto suceda en el teatro chileno. A través del cine y la TV los espectadores tienen acceso a producciones dramáticas extranjeras que abordan las grandes cuestiones que inquietan hoy a la humanidad, y ante esta competencia parecería que nada nuevo e interesante pueden ofrecer los dramaturgos nacionales.

No obstante, en las circunstancias actuales, en que el mundo se ha convertido en una gran aldea por el desarrollo de la tecnología comunicacional, pienso que hay un rol insustituible que sólo puede cumplir el teatro en

cada segmento de esta gran aldea.

¿Dónde si no en el teatro puede producirse la comunión de actores y espectadores para expresar, reconocer y meditar las pequeñas grandes cosas que los afligen y conmueven y que les son privativas?

La generación de dramaturgos que emergieron en los años 50, impulsados por la renovación teatral que hicieron los teatros universitarios, se encontraron también con un problema semejante al de nuestros días. ¿Qué podían ellos escribir si los teatros universitarios estrenaban lo mejor del teatro clásico y contemporáneo? ¿Cómo podían competir en el favor del público con Shakespeare, Miller, Pirandello o Claudel?

Sin embargo, tuvieron éxito simplemente entregando al público chileno lo que ni Shakespeare, Miller, Pirandello o Claudel podían dar:



explorar dramáticamente nuestra realidad, crear personajes con nuestra peculiar sensibilidad, desarrollar conflictos que estaban latentes en nuestra sociedad.

¿Qué autor extranjero podría expresar el temor larvado de una parte de nuestra comunidad ante la posibilidad del cambio político y social que se avizoraba, como lo hizo Egon Wolf en "Los invasores" y en "Flores

de papel"?

¿Qué autor de otras latitudes podía exhibir la picardía criolla que regocijó a nuestro público cuando se presentó "La remolienda", de Alejandro Sieveking?

¿Nos habría emocionado la lucha de una mujer de otra nacionalidad por cumplir su vocación de médico como logró conmovernos María Asunción Requena en "El camino más largo", al relatarlos dramáticamente el coraje que tuvo

primera mujer médico que hubo en Chile para luchar contra los convencionalismos y prejuicios de una sociedad que bien conocíamos porque era la nuestra?

Cuando observamos el panorama de la actual dramaturgia nacional, vemos, salvo señaladas excepciones, que son obras que, independientemente de su calidad dramática, podrían haber sido escritas por autores de

cualquier nacionalidad y que, al ser representadas, disfrazan la pobreza del texto con el ropaje del espectáculo y de los efectos especiales. Diríase que nuestros autores de hoy están más interesados en que sus obras se exhiban en festivales internacionales, donde, por problemas de idioma, se privilegia el espectáculo por sobre la palabra, sin entregar al público chileno una visión dramática de lo que nos ocurre en el aquí y ahora.

Recientemente, uno de los principales concursos de dramaturgia, el Premio Eugenio Dittborn, que otorga el Teatro de la Universidad Católica, fue declarado desierto. Ello ha sido motivo para que una vez más se alcen voces que indican la inminente muerte del teatro. Yo pienso, sin embargo, que no es el teatro el que está muriendo; sino la literatura dramática, y que su muerte, si llega a suceder, no será una muerte natural sino un vulgar y alevoso asesinato perpetrado por algunos directores escénicos de moda o, también, un suicidio de los propios dramaturgos nacionales.

Es de esperar que este eventual asesinato o absurdo suicidio no se consumen, que se reaccione para que el teatro vuelva a cumplir su función no sólo artística sino social, cual es la de servir de espejo de nuestras virtudes y nuestros vicios, espejo que toda sociedad necesita para conservar y reafirmar su identidad.

PERSPECTIVAS

CAREL MORALES

Mala hierba

La marihuana resulta de moler las hojas y flores del cáñamo, arbusto denominado con el nombre latino de Cannabis.

El cáñamo crece principalmente en climas templados y mediterráneos, aunque en ocasiones sólo bastan un poco de sol, agua y buena tierra para que se reproduzca rápidamente como la mala hierba.

Aunque la OMS dejó a la marihuana fuera de las drogas alucinógenas, hay que decir que tiene efectos claramente alucinógenos. De ahí que hacia 1927 un estudio clasificara el cáñamo junto con el peyote, las solanáceas y la ayahuasca en el grupo de las "Phantásticas". Estas provocan alteraciones de la percepción e intensas imágenes eidéticas. Es decir, tienen la capacidad de reproducir en la imaginación, con igual viveza y riqueza, lo percibido en la realidad.

Según se afirma, la marihuana, en dosis bajas, es un poderoso ansiolítico y

tranquilizante, efecto que en estos momentos de aceleración que vive la urbe es muy buscado por los adolescentes y los adultos.

Muchos sostienen que la marihuana provoca un estado de profunda paz interna, más profundo que el de las benzodiazepinas y los ansiolíticos habituales.

En dosis altas, la marihuana actúa como alucinógeno y causa vivencias de expansión de la conciencia, asociadas a intensos fenómenos eidéticos con disolución del sentido del espacio y el tiempo.

Ahora bien, aunque la marihuana chilena contiene un bajo porcentaje del principio activo, llamado científicamente Delta 9, en comparación con la colombiana, la mexicana y la afgana, los consumidores y traficantes ya están cultivando, en forma clandestina, diversas variedades extranjeras en nuestro país, siguiendo para ello las instrucciones contenidas en libros que se

venden sin mayores restricciones en algunas zonas de EE.UU.

Por tanto, los adolescentes que pueden adquirir esta hierba de gran poder alucinógeno constituyen un grupo de alto riesgo.

Como los jóvenes no son iguales entre sí, las reacciones pueden ser diversas: a algunos les puede provocar una repetida sensación de relajación sin causarles mayores daños, pese a la pérdida de la memoria, problemas en el aparato reproductor del hombre, desazón y desaliño, consecuencias que, según los estudios, se presentan más bien en el mediano y largo plazo.

Pero también está la otra cara de la moneda, pues a veces basta un solo pito para que el muchacho desarrolle una esquizofrenia, enfermedad mental en que se desdibujan los límites de la realidad y que es preciso tratar con distintas drogas, la mayoría de las veces a lo largo de toda la vida.

PALOMO

